para que desplegue en mi favor sus facultades delegadas y ordinarias, suplicándole al mismo tiempo interponga su poderoso valimiento para con el Illmo. cabildo metropolitano y los muy respetables obispos de Puebla y Michoacan, á fin de que me concedan su indulgencia. Tambien desearia, que esta mi humilde, franca y libre manifestacion se publicara por la prensa, para reparar de algun modo el escándalo que hubiere dado á mis hermanos, así eclesiásticos como seglares, y mi alma se llenaria de gozo si se pusiera tambien en el conocimiento de la Cabeza visible de la Iglesia, para que si derramó algunas lágrimas al ver mis desvaríos, se alegre en el Señor al saber mi verdadero arrepentimiento.

Dios guarde á V. S. I. muchos años. Guadalajara, Mayo 5 de 1847.—*Andrés Lopez de Nava.*—Illmo. Sr. Dr. D. Diego Aranda, obispo de Guadalajara.

Por la insercion de los documentos.

FRANCISCO VERA.

LA

NOCHE DE NAVIDAD

ESCRITA

POR CRISTOBAL SCHMID.

Traducida
del aleman al frances por Luis Friedel; y de este al castellano,
para "La Cruz," por E. de A.

México.

IMP. DE J. M. ANDRADE Y F. ESCALANTE,
CALLE DE CADENA NUMERO 13

1857.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

CAPITULO I.

DESVALIMIENTO Y HOSPITALIDAD.

Era la víspera de la santa fiesta de Navidad: hácia el declinar la tarde Antonio, gracioso muchacho de ocho á diez años, caminaba todavía á esta hora avanzada á traves de la campiña cubierta de nieve. El pobre niño tenia mucho frío; su linda cabellera rubia estaba helada por la escarcha, y sus mejillas heridas por el viento del norte, se habian puesto de un rojo violado. Su vestido, á la manera de los niños de tropa, se componia de una chaquetilla y un pantalon á lo húsar, y su cabeza no estaba defendida sino por un ligero sombrero de paja que le habia resguardado contra los calores del estío. Apoyábase sobre un palo para facilitar sus pasos, y llevaba suspendido sobre sus espaldas un paquetito que contenia algunos objetos, única cosa que poseía en este mundo. Sin embargo, el jóven peregrino parecia contento y de buen humor; paseaba sus miradas sobre el bello paisaje de invierno que le rodeaba, y se complacia en contemplar los vallados y los zarzales doblegados bajo la blanca plumazon que los cubria. Bien pronto el sol descendió, y en el momento que iba á des-

aparecer en el horizonte, sus últimos rayos lanzaban sobre el bosque vecino fuegos de un color rojo escarlata, que hacian brillar las ramas de los abetos y de las encinas, como si estuviesen guarnecidos de mil diamantes.

Antonio esperaba llegar antes de anochecer á la aldea mas cercana, situada mas allá del bosque; avanzaba, pues, con valor á pesar de la oscuridad que iba en aumento, y de la espesura de la maleza, sostenido por la esperanza de celebrar la fiesta del dia siguiente en esta aldea, cuyos habitantes, le habian dicho, eran ricos y hospitalarios. Pero apenas habria caminado un cuarto de hora, cuando perdió la senda, y se encontró en el paraje mas recóndito y enmarañado de aquel bosque sombrío y montuoso. A cada paso se hundia mas en una espesa capa de nieve, y más de una vez estuvo á punto de caer en los hoyos ó las barrancas, que no podia evitar sino con mucho trabajo. La noche le sorprendió en medio de estos embarazos; un viento glacial se levantó, y gruesas nubes se amontonaron encima del bosque, ocultando las pocas estrellas que brillaban todavía entre las ramas enlazadas de las viejas encinas: la oscuridad era entonces completa, y la nieve comenzaba á caer otra vez en gruesos copos.

El pobre niño no encontró ya señal ninguna de los senderos que la nieve habia enteramente cubierto: despues de haber vagado largo tiempo al acaso, no sabia ya hácia qué rumbo dirigir sus pasos. Agobiado de fatiga, transido de frío y tembloroso de todos sus miembros, arroja sobre la nieve su saco y su baston, se pone de rodillas despues de descubrirse la cabeza, y levantando sus manos trémulas al cielo, pronuncia la siguiente oracion, interrumpida á cada paso por sus sollozos:

"¡Oh padre mio! Vos que estais en el cielo, no me dejeis perecer de frío y de hambre, solo, en medio de la noche, en este bosque desierto. Oh, Dios mio, vos que quereis ser el tierno padre de todos los húerfanos, compadeceos de un pobre niño privado de sus parientes, y á quien no le queda otro protector que vos!... Vos no me dejaréis morir miserablemente en el momento mismo en que se celebra el aniversario de esa noche venturosa, en la cual Jesucristo, vuestro divino Hijo, vino al mundo para salvar á los hombres. ¡Escuchadme por amor de Él; y mientras en todas partes se regocijan con la memoria del nacimiento del Divino Niño, no permitais que yo perezca abandonado de todos en esta selva!"

No pudiendo ya decir mas se acostó sobre la nieve, apoyando la cabeza sobre su saco y derramando ardientes lágrimas; pero he ahí que de repente se oyen á distancia sonidos armoniosos y dulces como los de una harpa; un canto delicioso se eleva y viene á resonar en las rocas de los contornos. El pobre niño creyó escuchar el coro de los ángeles celebrando la gloria inmortal de Dios; al punto se levanta, pone el oido y junta sus manos. El viento se habia calmado y ningun soplo agitaba el aire; el canto resuena con un embeleso inesplicable en medio del profundo silencio de la noche. Antonio retiene su aliento para oir mejor, y escucha distintamente estas palabras:

"¡ Descendientes de Adam! ya no más luto ni lágrimas: el " Hijo de Dios, se compadece de vuestras desgracias y des- " ciende del cielo para enjugar vuestras lágrimas y poner un " término á vuestros largos dolores. Tened todos confianza " en su bondad, ella calmará vuestro temor: Él hará cesar " vuestros males: la influencia celestial de su amor descen- " derá con la fé á vuestros corazones."

Los cantos habian cesado, solamente algunos sonidos dulces de la harpa resonaban todavía como un eco debilitado. Antonio, vivamente conmovido, esclamó: ¡Ah! he ahí lo que sentirian los pastores de Bethlehem en aquella noche santa en que oyeron los conciertos celestiales. Vamos, recobremos ánimo y tengamos confianza en Dios; sin duda hay aquí, muy cerca de mí, algunas gentes caritativas que se interesarán en mi suerte; si ellas tienen la dulce voz de los ángeles, deberán tener tambien algo de su bondad.

Reanimado por estos pensamientos, recogió su pequeño equipaje, y se encaminó animosamente hácia la colina de donde parecian venir los sonidos que habian penetrado tan deliciosamente en su alma. Apenas habia avanzado algunos pasos al traves de los zarzales, cuando percibió una viva claridad que desapareció casi al momento; despues brilló de nuevo para eclipsarse otra vez y reaparecer al fin mas brillante. Antonio se adelantó alegremente y no tardó en encontrarse en una casa aislada en medio del bosque. Acercóse á ella y llamó muchas veces, pero en vano. Él oía bien las voces de varias personas que hablaban alegremente en la sala baja, pero nadie venia á abrirle: empujó entonces la puerta, que no estaba cerrada sino por un pestillo, penetró en la casa, y despues de haber andado algun tiempo á tientas en la oscuridad, encontró la puerta de la habitacion; la abrió suavemente y entró sin ser percibido. El espectáculo que se ofreció á sus ojos le sorprendió, y mientras mas le considéraba mas sentia conmoverse su corazon: él quedó deslumbrado por la viva luz que despedian muchas bujías de cera encendidas; el pobre niño creía ver el cielo abierto delante de sí.

En un ángulo del aposento, entre dos ventanas, se hallaba un pequeño *Nacimiento* [1] que representaba un paisaje encantador, en el cual se reproducian en relieve, en menudas proporciones, pero con mucha viveza y propiedad, todas las bellezas de una naturaleza primaveral. Veíase una montaña pintoresca; rocas cubiertas de musgo, árboles, cabañitas y hasta rebaños que pacian cerca de sus pastores. En lo alto de la montaña se hallaba figurada una pequeña ciudad, y hácia el centro de todo el retablo se encontraba una gruta en la cual la Santa Vírgen, su piadoso esposo José y los pastores se hallaban representados adorando al divino Niño, que acababa de nacer. Encima de la gruta, se cernian grupos de ángeles llenos de gracia y regocijo. Todo este aparato resplandecia con el brillo de mil luces, que vistas á cierta distancia, parecian otras tantas estrellas; presentando el conjunto un golpe de vista encantador y maravilloso.

1 Adoptamos esta palabra, que es por la que se conoce entre nosotros el altar que se erige en la Noche Buena para representar la venida al mundo de Nuestro Salvador, en vez de la de *pesebre* (creché) con que se designa en Francia.

Los habitantes de la casa se hallaban reunidos en derredor de esa figura de Jesus en el pesebre. El padre estaba sentado, teniendo una harpa entre sus rodillas; á su lado, la madre sostenia en sus brazos al mas pequeño de sus hijos, y dos graciosos muchachos, uno de cada sexo, se hallaban de pié entre sus padres, mirando el bello paisaje con delicia y arrobamiento, á ejemplo de los pastores arrodillados delante del pesebre: estas inocentes criaturas elevaban sus manecitas hácia la imágen del Salvador. El padre se puso entonces á preludiar sobre su instrumento, su esposa continuó el piadoso cántico del que ya Antonio habia oido una parte, y los dos niños unieron sus voces á la de su madre. He aquí cuál era ese canto religioso:

" Salve ¡oh Cristo! tierno niño, cuyo poder es el asunto de
" los conciertos celestiales. Los acentos angélicos celebrando
" vuestro santo nacimiento hacen resonar los aires: ¡ah! repi-
" támoslos nosotros, unamos á ellos nuestras voces para can-
" tar la salvacion del mundo! ¿No veis cerca de la cuna esco-
" gida por el Mesías á los pastores y á los reyes?"

" Gracias á tí, vemos lucir, por fin, este dia venturoso, pro-
" metido á nuestros antepasados, que debe crear en nosotros
" un nuevo sér y abrirnos la senda de los cielos! Tu boca ¡oh
" niño hermoso! símbolo de inocencia, no se abre todavía si-
" no para dar paso á una adorable sonrisa; pero todo en tí,
" bajo esa humilde apariencia, todo parece decir á los gran-
" des como á los pequeños: No temais ya; celebrad con vues-
" tros cánticos de gozo este dia en que vuestros males han
" concluido: el Dios de Jacob, ha cumplido su promesa y os
" manda á su Hijo para salvaros. El Cordero de Dios, en su
" amor inmenso, ha tomado sobre sí vuestras penas, vuestros

"combates, vuestros trabajos, y viene á morir por vuestra li-
"bertad: ¿cómo corresponderéis á un amor tan generoso y tan
"grande?

"Exhausto de todo, transido de frío, un pobre niño pisa el
"umbral de vuestra puerta; tened piedad de sus penas y de
"su triste orfandad; que encuentre en vuestro hogar una
"benévola acogida. Si las gracias de vuestro Salvador os son
"queridas, si ha tocado vuestros corazones, amad, á su ejem-
"plo, amad á vuestros hermanos, porque no se sirve á Dios
"sino sirviendo á sus hijos!"

Antonio, entretanto, habia permanecido en pié y callado en el umbral de la puerta, teniendo en una mano el pestillo y en la otra su baston y su sombrero. Él no apartaba sus ojos del luciente altar y escuchaba inmóbil el canto y la música. Nadie se habia apercibido de su llegada; mas como habia dejado abierta la puerta, el frío penetraba en la estancia y la madre volviendo la cabeza vió entonces al jóven viajero.

"¡Gran Dios! esclamó llena de sorpresa, ¿cómo ha podido llegar hasta aquí este niño en medio de la noche y á traves de la selva? ¡Pobre muchacho! ¿tú te has estraviado sin duda?

—¡Ah! sí; he perdido mi camino en medio del bosque, respondió Antonio."

Todos se dirigieron entonces hácia el recien-llegado; los dos niños desde luego sintieron interes por él; pero su timidez les impedia acercársele, porque no le conocian. La madre, llevando siempre á su niña pequeña en los brazos, se acercó al jóven forastero y le dijo con un tono afectuoso:

"¿De dónde vienes, amiguito? ¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres?

—¡Ay Dios mio! respondió Antonio con las lágrimas en los ojos; yo no tengo padres ni patria; mi nombre es Antonio Groner. Mi padre ha sido muerto en la guerra y mi madre dejó de existir en el Otoño último de pesar y de miseria. Yo soy enteramente estraño en el pais, y ando en el mundo como una oveja perdida."

En seguida contó la dolorosa situacion en que se habia visto en medio del bosque, y cómo el canto que habia oido, le habia guiado á la habitacion de la familia. Él habria querido añadir aún algunas palabras, pero la voz le faltó: tanto era el frío que habia esperimentado que lo sentia todavía más encontrándose en una pieza caliente; temblaban todos sus miembros y sus dientes chocaban violentamente.

"¡Pobre Antonio! esclamó la madre; tú tienes mucho frío, y hambre tambien sin duda; ademas, estás muy fatigado; siéntate, querido mio; deja tu maletilla y acércate al fuego. Yo voy á hacer que se te caliente un poco de sopa y los restos de nuestra cena."

Durante esto, los dos niños, Cristian y Catarina, llenos de compasion, desembarazaron á su pequeño húesped de su saco, de su baston y de su sombrero, y le condujeron á la mesa. La madre le trajo á pocos momentos con que calmase el hambre, y se sentó enfrente de él sonriendo de satisfaccion al ver el buen apetito del pobre caminante. Despues de esta frugal comida, los niños quisieron partir con su nuevo amigo, porque ya lo tenian por tal, sus regalos de Navidad; eran manzanas de un rojo brillante, peras amarillas como el oro, y soberbias nueces. A invitacion de la madre, Luisita, que apenas tenia un año de edad, le ofreció tambien la pequeña manzana que apenas podian contener sus manos.

La cena y el dulce calor que reinaba en la habitacion, hicieron que Antonio recobrase muy pronto toda su vivacidad y su buen humor natural.

"¿Pero qué es eso que teneis ahí tan lindo? esclamó Antonio, mostrando la brillante esposicion que no habia cesado de contemplar durante su cena; es ciertamente una primavera en medio del invierno; no he visto nunca cosa mas bonita: dejadme que lo vea mas de cerca;" y diciendo estas palabras se aproximó hácia el *Nacimiento*, seguido de sus dos amigos nuevos.

"¿No es verdad que es muy lindo? le dijo Catarina; pero ¿no sabes lo que representa?

—Y mucho que lo sé: esto representa el nacimiento del Niño Jesus. ¡Oh, y qué Niño tan bello y gracioso! Su semblante tiene una tinta tan delicada como el color de las rosas y de las azucenas: ¡cuán lindos y brillantes son sus ojos, y cuán amable es su sonrisa!

—¡Ah! sí, replicó Catarina; pero no es éste el verdadero Niño Jesus. Jesus ya no es un niño; hace mucho tiempo que subió á los cielos.

—Demasiado lo sé; ¿me tomas tú acaso, por un pagano? Cerca de dos mil años han corrido desde la época en que estuvo reclinado en el pesebre. No se ha dispuesto todo este bello retablo sino para que nosotros, los demas niños, podamos considerar los sucesos que él recuerda. Esta ciudad que veo en lo alto de esa montaña, figura, segun me parece, la de Bethlehem?" Catarina respondió con un signo afirmativo.

"Ya ves, prosiguió Antonio, cómo lo sé todo? ¡Ah! no soy tan ignorante como piensas."

Los niños se echaron á reir, é hicieron notar al recienvenido una multitud de pormenores, que tenian para ellos mucho interes y cuya vista les causaba gran complacencia. Tales eran, por ejemplo, las ovejitas y los carnerillos con su lana blanca y rizada; los pastores tocando su caramillo, y la cabañita en la cual iban á tomar descanso: despues, la pequeña fuente, brotando de la roca como un hilo de plata, y yendo, despues de mil vueltas, á perderse en el lago sobre el cual nadaban dos cisnes de plumaje blanco como la nieve, y que se retrataban en las límpidas aguas.

"Mira á este pastorcito, decia uno de los niños, que baja la colina llevando una cesta de frutas sobre la cabeza.

—Y por aquí, decia el otro, ¿no ves á ese hombre que guia esos mulos cargados de costales?"

Así fué cómo estos amables niños pasaron la noche, comunicándose sus observaciones sobre todos los objetos que comprendia el altar de Navidad, desde el mas pequeño insecto pegado á las peñas, hasta los lucientes caracolillos esparcidos sobre las orillas del lago.

"Todo es muy lindo, sin duda, dijo al fin Antonio; pero lo que yo admiro más es la figura del Niño Jesus. En efecto, por el amor de este Divino Niño, cuya imágen tenemos delante, el Dios de bondad me ha salvado hoy de un peligro inminente; porque sin vuestro hermoso retablo, y sin las brillantes luces que lo rodean, y que han guiado mis pasos hasta aquí, yo no habria podido nunca encontrar esta casa y habria muerto miserablemente en medio del bosque."

CAPITULO II.

HISTORIA DE ANTONIO.

El dueño de la casa, en la cual habia sido Antonio tan caritativamente acogido, era un guardabosque. En tanto que los niños se entretenian con tanto placer en examinar todos los agradables objetos que contenia el *Nacimiento*, él estaba sentado en su sillon, en el rincon del fuego, y parecia sumergido en profundas reflexiones. Su mujer, teniendo siempre á su hijo mas pequeño en los brazos, se sentó á su lado y le dijo un instante despues:

"¿Por qué estás tan silencioso amigo mio? ¿En qué piensas?

—Pienso, le respondió el guardabosque, en los últimos versos del cántico que hemos entonado esta noche. Ofreciendo asilo, alimentos y el calor de nuestro hogar á este pobre niño perdido, has hecho lo que aquellos versos prescriben; pero reflexiono al mismo tiempo que aun podriamos hacer más. Mira tú; hoy es la víspera de Navidad, y nosotros ce-

lebrando esta noche santa, en la cual el Niño Divino nació para nuestra salud, y la de todos los hombres, precisamente en ese momento nos envia Dios un niño pobre y desgraciado á quien podemos salvar á nuestro turno. El Hijo de Dios viniendo al mundo como un estranjero, sin tener donde posar su cabeza, parece haber querido esperimentar la hospitalidad de los demas hombres. Rehusando los habitantes de Bethlehem esta hospitalidad á la Santa Madre del Salvador relegándola á un establo, donde no encuentra mas compañía que la de dos animales, sucumbieron en esta prueba. ¿Rechazarémos nosotros á este pobre niño con la misma crueldad? Dímelo francamente, Isabel, ¿qué piensas de esto?

—Mi parecer es, el de que hariamos bien en recogerlo; porque el mismo Jesus nacido en esta noche, es el que decia mas tarde en su divino Evangelio: "Lo que hagais con el mas ínfimo de vosotros es lo mismo que si lo hicieseis conmigo mismo...." Y ademas, este muchacho me parece de un carácter dulce y honrado: tan jóven como es, conoce ya su religion; su lenguaje es puro y sencillo; y al implorar nuestra caridad, está muy lejos de mostrar esa impudencia tan comun en los mendigos de profesion.... Yo estoy segura de que pertenece á una buena familia. Si nuestra mesa alimenta hoy muy bien á cinco personas ¿por qué no habia de haber lugar en ella para una mas? Conservemos, pues, con nosotros á este pobre niño.

—¡Ah! tú eres siempre una escelente mujer, y me siento lleno de gozo al ver que tu corazon corresponde al mio. Al decir esto el guardabosque estrechaba afectuosamente la mano de su esposa. Dios nos bendecirá, añadió, y no dejará sin recompensa el bien que tú quieres hacer hoy. Pero antes de decidirnos del todo, interroguemos aún á este muchacho que se nos ha presentado, para asegurarnos si es digno de nuestro interes.—Antonio, ven acá, dijo en alta voz el guardabosque. Antonio vino y se detuvo delante de él, derecho como un soldado ante su gefe.

Óyeme, niño: tu padre era sin duda militar, puesto que murió en campaña: cuéntame, pues, todo lo que sepas acerca de tu familia. ¿Dónde estabas antes de la guerra? ¿dónde y cómo murió tu padre? ¿quién era tu madre y cómo has venido á este pais?"

Antonio comenzó su narracion en estos términos: "Mi padre..... los húsares cuando le hablaban le decian: "señor cuartelmaestre." Nuestro regimiento estaba de guarnicion en Glatz, en la Silesia.

Mi madre era una costurera muy hábil, y con esta ocupacion ganaba mucho dinero. Ella me hacia ir todos los dias á la Escuela, á la Doctrina y á la casa de maestros particulares; yo, por mi parte, la obedecia siempre y tenia gusto en aprender..... ¡Ah! en ese tiempo éramos todos muy dichosos!.... Pero he ahí que un dia, entra mi padre precipitadamente en casa y nos dice: "La guerra está declarada; nuestro regimiento se pone en marcha mañana." Era mi padre un hombre valiente, y así la noticia le llenaba de alegría y entusiasmo; mas mi madre, por el contrario, le asustó sobremanera y se puso á llorar amargamente. Ella no queria dejar que mi padre partiese solo; esta separacion le parecia muy dolorosa; así es que despues de muchas instancias obtuvimos el permiso de acompañarle. El regimiento se puso en marcha y nosotros anduvimos lejos.... muy lejos.... El enemigo, por su parte, tambien se acercaba á nosotros. Un dia el regimiento á que pertenecia mi padre, recibió la órden de avanzar; mi madre y yo nos quedamos con los bagajes. El cañon tronaba horriblemente y á cada tiro que retumbaba, mi madre lloraba y me abrazaba diciendo: "¡Ah! ¡quizá esta bala habrá herido á tu padre!" Durante toda la batalla no cesamos de llorar y rezar. Sin embargo, papá volvió felizmente y sin haber recibido ninguna herida. Muchas veces sucedió así; pero ¡ay, señor! un dia, á consecuencia de un combate muy encarnizado, un húsar llegó á la aldea en que nos hallábamos y nos trajo la noticia de que mi padre, cuyo caba-

llo conducia, estaba herido peligrosamente. Añadió que si queriamos verle aún, le encontrariamos en un paraje, que él nos indicó, á media legua de la aldea. Al punto nos dirigimos allí y encontramos á mi pobre padre recostado al pié de un árbol. Un soldado viejo, de rodillas junto á él, sostenia su cabeza y otros dos húsares le prodigaban tambien sus cuidados; pero ¡ah! mi padre habia recibido un balazo en el pecho, y su semblante estaba ya tan pálido como el de un moribundo. Conocióno, sin embargo, y notamos desde luego que queria decirnos algo, pero no tenia fuerzas. Sus ojos apagados se fijaron sobre mí y sobre mi madre y despues se volvieron hácia el cielo.... Estrechónos las manos por la última vez y pasados algunos momentos espiró. Mi madre y yo nos derretiamos en lágrimas." Aquí se le embargó á Antonio la voz, y deteniéndose levantó el brazo y engujó con la manga de su chaqueta las lágrimas que salian de sus ojos. Los que le oian, inclusos los niños, participaron de su enternecimiento. Recobrándose un tanto el muchacho continuó de este modo:

"En el dia siguiente de esta desgracia, se dió sepultura á mi padre en el cementerio cercano; muchos oficiales y soldados acompañaban el fúnebre convoy. El sonido de las cornetas me parecia tan lúgubre y estraño que creo oirlo todavía. Los soldados tributaron á mi padre los últimos honores, disparando sus fusiles sobre su fosa. Este postrer homenaje produjo tal impresion en mi pobre madre y en mí, que parecia que sobre nosotros se dirigian aquellos disparos. Llenamos el aire con nuestros gemidos, y muchos oficiales y soldados dejaban correr sus lágrimas al volver de aquella triste ceremonia; porque mi padre era generalmente querido en el regimiento en que servia, por su valor y por su carácter.

Algunos dias despues de esta desgracia, mi madre se puso en camino conmigo para volver á su pais natal; y aunque no contábamos en él con ningunos parientes que pudiesen favorecernos, ella esperaba procurarse trabajo con algunas personas de su conocimiento. Pero apenas hubimos hecho algunas jornadas, cuando mi madre cayó enferma en la mitad del camino, y solo con gran esfuerzo y trabajo pudimos llegar á una pequeña aldea. Despues de haber pedido asilo en muchas casas, nos vimos obligados á refugiarnos en una pequeña granja.

"Es mucha desgracia, decia mi madre, acostándose sobre un monton de paja, no tener cuando uno está enfermo sino tan miserable morada; pero acordémonos de que la Santa Vírgen, rechazada, lo mismo que nosotros, de todas las casas de Bethlehem, se vió tambien obligada, cuando el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, á buscar un refugio en un establo."

Entretanto, mi madre sintiendo que se agravaba de hora en hora, hizo llamar al cura del pueblo mas cercano, se confesó, oró con él, recibió los últimos sacramentos y se preparó á morir como cristiana. Al anochecer, la aldeana á quien pertenecia la granja donde nos encontramos, vino á vernos y nos dijo: "Veo que estais muy mal y es necesario que yo haga algo en vuestro servicio." Sin añadir mas salió, volviendo á poco con un viejo farol de cuadra, en el que ardia una pequeña lámpara, y colgándola de una viga, nos dejó, dándonos las buenas noches sin inquietarse mas de nosotros.

Yo quedé solo con mi madre, sentado á su lado sobre la paja y llorando amargamente. Tanto como era posible distinguir á la débil y vacilante luz que nos alumbraba, observé que sus facciones se iban alterando mas y mas. Muchas veces arrojaba profundos suspiros á los que yo respondia con mis lágrimas que corrian con mas abundancia. Ella me tendió la mano y me dijo con voz balbuciente: "No te afijas tanto, querido Antonio, sé siempre bueno y honrado; encomiéndate á Dios, á quien debes tener presente á todas horas; no cometas nunca ningun mal y así te asegurarás su santa proteccion: Él no te abandonará, y cuidará de darte otro padre y otra madre." Así habló mi madre; pero ¡ay Dios mio! añadió Antonio, en tanto que ardientes lágrimas bañaban sus

mejillas, jamas ¡oh, no! jamas volveré á encontrar otra madre como ella!

En fin, continuó despues de un rato de silencio, mi madre dirigió una mirada tierna y prolongada hácia el cielo; oró algunos momentos, y bendiciéndome con sus manos desfallecidas murió!... Yo no pude hacer otra cosa mas que llorar....

El aldeano y su mujer habian prometido á mi madre tenerme en su casa y tratarme como si fuese su hijo. Ellos se apoderaron desde luego de lo poco que ella poseia; es decir, de sus vestidos y de un poco de dinero que nos habia quedado; pero quince dias despues me arrojaron de la granja, diciéndome que ya yo les costaba tres veces mas de lo que valia lo que mi pobre madre habia dejado.

Yo partí, pues, con la resolucion de volver á Glatz, donde nuestro regimiento habia estado de guarnicion, y donde, por lo mismo, esperaba encontrar á mis camaradas de escuela. Pero los habitantes del pais no sabian indicarme el camino que era necesario seguir para volver á la Silesia. Héme aquí, pues, vagando de comarca en comarca y pidiendo limosna para no morir de hambre; porque ¿qué habia de hacer?...."

Conmovida vivamente la mujer del guardabosque con esta sencilla y tierna relacion, dijo á sus hijos con las lágrimas en los ojos: "He aquí, queridos mios, cuál podria ser vuestra suerte si tuvieseis la desgracia de perder á vuestros padres como este pobre niño. ¡Ah! rogad á Dios todos los dias porque su bondad os los conserve!

—Veo, mi querido Antonio, dijo á su turno el guardabosque, que tus padres eran muy buenas gentes..... Pero, dime, ¿no tienes absolutamente ningun papel, ningun certificado?....

—¡Oh, sí! respondió Antonio sacando una carterilla de su balija. Mi madre, en sus últimos momentos, me entregó estos papeles, recomendándome los guardase con mucho cuidado y no me desprendiese nunca de ellos; pero á vos sí puedo enseñároslos."

Era en copia autorizada el acto en toda forma del matrimonio de sus padres, la fé de bautismo suya y el certificado de defuncion de su padre. A este último documento, estendido por el capellan del regimiento, se unia otro certificado del coronel, en el cual se tributaba un testimonio muy honroso del valor y de la buena conducta del difunto, así como de las costumbres irreprensibles de su viuda.

"Todo esto está muy bien, dijo el guardabosque satisfecho, despues de haber revisado los papeles; pero dime, amigo mio, ¿te agradaria vivir con nosotros?

—Ciertamente, respondió Antonio con trasporte; ¡ah! creeria haber encontrado de nuevo á mis padres!

—Conque consentirias en quedarte.... ¿eh?

—¡Oh! mejor que cualquiera otra cosa; porque esta buena señora que me ha dado de cenar, me parece tan buena y tan complaciente como mamá; y vos me pareceis tambien tan bueno como papá, y aun llevais bigotes como él."

El guardabosque soltó una carcajada.

"Bien, muchacho, bien, tú te quedarás en casa; serás tambien de nuestra familia. Yo quiero hacer contigo las veces de padre, y mi mujer, por su parte, te tratará como una verdadera madre; conque ¿te parece....? Por lo que á tí respecta, espero que serás con nosotros un buen hijo, un hombre de bien; y que amarás á tu nuevo hermano lo mismo que á tus dos hermanas. Vamos; convenido, Antoñito, desde este momento te adopto por hijo mio."

Conmovido hasta lo sumo el hijo del veterano, permanecia inmóbil, mudo, mirando con grandes ojos al guardabosque como para asegurarse de si aquella proposicion se le hacia formalmente. Despues de la muerte de su madre, habia, en lugar de sus tiernas caricias, recibido crueles desprecios, y acostumbrado á verse tratado con tanta dureza, tenia trabajo en creer que hubiese en el mundo quien tomase por él tan tierno interes.

—¡Y bien! añadió el guardabosque tendiéndole la mano, sin comprender la causa de su silencio: ¿estás decidido?

Antonio se puso entonces á llorar; asió la mano de su nuevo padre y la besó con respeto lo mismo que la de Isabel, y abrazó á los niños como lo hubiese hecho el mas tierno de los hermanos.

Todos se mostraron muy satisfechos de esta disposicion que hizo estallar la alegría mas viva en la familia infantil. Catarina y Cristian especialmente, estaban muy gozosos de que Antonio se quedase con ellos y tener de este modo un compañero de sus juegos.

Pasadas estas dulces espansiones, el guardabosque, llamando á Antonio á solas, le dijo con un aire grave: "Puesto que vas á formar parte de nuestra familia, escucha con atencion lo que voy á decirte y grábalo en tu memoria para que no lo olvides nunca. Ya ves, amigo mio, con qué paternal solicitud ha querido Dios velar sobre tí. La bendicion de tus padres cubre tu cabeza. El Señor ha escuchado la súplica de tu madre moribunda, y la que tú le has dirigido en medio del bosque; su bondad infinita es la que ha guiado tus pasos hácia esta casa, para que en ella encontrases abrigo y hospitalidad. Si no hubieses oido nuestros cánticos, si no hubieses percibido de lejos las luces de nuestro altar de Navidad, te habrias dormido sobre la nieve y mañana se te habria encontrado muerto y helado en la selva. El momento mas oportuno es el que Dios ha escogido para salvarte, pues que durante la noche santa que aseguró la salvacion del mundo, y el momento en que nuestros corazones se hallaban penetrados de amor y reconocimiento, ha sido el escogido para conducirte á esta casa aislada, que no habrias podido encontrar ni en la mitad del dia. El asilo que has obtenido lo debes á Dios y á su divino Hijo, á ese Hijo muy querido que, por tí tambien nació y se hizo hombre hace ya cerca de dos mil años, y que murió despues en medio de los mas crueles dolores para asegurar la salvacion del mundo. Reconóce, pues, todos estos beneficios y conserva toda tu vida la memoria de la Noche de Navidad. Que Dios y tu Redentor estén siempre presentes á tu pensamiento; sé buen cristiano y serás dichoso."

Derramando lágrimas de ternura prometió Antonio seguir estos sabios consejos. "¡Oh buen Dios! esclamó levantando sus ojos al cielo y juntando sus manos en humilde actitud; vos habeis oido la postrera súplica de mi madre, y me habeis dado una segunda familia. Yo quiero tambien cumplir sus últimos votos; quiero observar fielmente vuestros santos mandamientos y quiero, sobre todo, honrar á mis nuevos padres, amarlos y obedecerlos.

—¡Bien! hijo mio, ¡bien! dijo el guardabosque abrazando á Antonio; sé fiel á tu promesa y cuenta con seguridad con la recompensa."

La mujer del guardabosque dió en este momento la señal de retirarse á descansar. Ella misma condujo á Antonio á un lindo cuartito, donde le habia preparado una buena cama; y todos los de la familia, despues de haber hecho su oracion de costumbre, se fueron á acostar con el corazon gozoso y satisfecho.

El dia siguiente muy de mañana se reunieron los niños de nuevo en derredor de la representacion de Jesus en el pesebre, la que durante el dia de la fiesta y los siguientes, suministró amplia materia á sus reflexiones y á sus inocentes entretenimientos. Pero estas gratas é íntimas satisfacciones de familia, vinieron á turbarse con la llegada de cierto M. de Schilt, jóven propietario de las cercanías, muy amante á la caza y que para procurarse este placer venia de tiempo en tiempo á visitar al guardabosque. Este jóven disipado, desnudo de religion y de moralidad, se permitió algunas chanzas indecentes sobre la representacion del nacimiento del divino Niño, tratando de supersticiosa esta costumbre y añadiendo que no concebia la utilidad que podia tener la esposicion de tales objetos á la vista de los niños.

"¡Qué útilidad! esclamó disgustado el guardabosque, con

su franqueza ordinaria; mirad por la ventana, jóven caballero; ¿veis? toda la naturaleza está todavía sepultada bajo su profunda capa de nieve, como bajo un sudario; nada de flores, de frutas ni verdura. Los pobres niños están encerrados aquí como prisioneros, y no pueden dar un solo paso fuera de la casa. ¿Qué harian si sus buenos padres no tuviesen cuidado de crearles, en medio de una pieza bien caliente, una primavera facticia? Este paisaje en miniatura, con sus verdes bosques, con sus praderas esmaltadas de flores, sus ganados y sus pastores, forma casi el único entretenimiento que podemos proporcionar durante el invierno á nuestros hijos. Ademas, no es esta la única razon que me ha empeñado á construir este pequeño retablo; he aquí cuál ha sido mi objeto principal. Nosotros somos cristianos, señor, ya lo veis; gustamos de las fiestas de nuestra religion, porque ellas nos recuerdan el poder y la bondad infinita de Dios. La de Navidad sobre todo es, hablando propiamente, la fiesta de los niños, porque siendo el nacimiento del Niño Jesus un acontecimiento análogo á su edad, dispone mas particularmente sus jóvenes corazones al amor del Salvador divino. Nosotros, que ya somos viejos y que sentimos vivamente la grande importancia de este dia, en que para la salvacion del mundo Dios se nos ha manifestado bajo una forma humana, queremos participar de nuestra alegría á nuestros hijos, esponiendo á su vista este divino milagro. Vos mirais estas prácticas como supersticiones; y no recordais que nuestra Historia Sagrada, de que hablais con tanta ligereza, ha inspirado, sin embargo, el genio á nuestros mas grandes artistas, á quienes no reprocharéis ciertamente el tener una inteligencia mezquina. Todavía hoy, despues de muchos siglos, sus grandes obras causan la admiracion de todos los espíritus ilustrados y escitan en nuestras almas las mas dulces emociones. Yo mismo recuerdo siempre el vivo placer que he esperimentado en Dresde, contemplando en la galería del museo el admirable cuadro que representa el nacimiento del Hijo de Dios, conocido con

el nombre de la *Santa Noche*. Muy lejos estoy de querer comparar mi retablo con esos magníficos productos de las artes, que por otra parte se han hecho solamente para los grandes señores; pero estoy seguro de que mis hijos no cambiarian su *Nacimiento* con los mas preciosos cuadros de la galería de Dresde.

"Dejad, pues, mi querido Sr. Schilt, á nuestras gentes sencillas, el placer de conservar las antiguas costumbres y los usos de nuestros padres. Yo me acuerdo aún, que en los primeros años de mi juventud, el altar de Navidad era cada año uno de mis mayores placeres y que esta interesante esposicion no carecia de frutos para mí. ¡Qué ella sea tambien para mis hijos un manantial de gozos y de bendiciones!"

CAPITULO III.

LA FAMILIA DEL GUARDABOSQUE.

El padre de familia que habia adoptado tan generosamente al pobre huérfano Antonio, era un honrado y escelente hombre, muy estimado en el pais por su conducta irreprochable y cristiana. Hacia muchos años que habia reemplazado á su padre en las funciones de guardabosque, llenando este encargo con la mas escrupulosa integridad. Benévolo con todo el mundo mostraba en todas circunstancias la mas completa consagracion á los intereses de su príncipe. Era un hombre á la antigua, celoso en conservar las costumbres y los usos de sus antepasados. Jamas salia de su casa sin ha-

ber comenzado el dia por una oracion, hecha en comun con su mujer y sus hijos; ni en la noche se entregaba al descanso, sino despues de haber santificado de la misma manera sus trabajos. "¿Cómo, decia con frecuencia, no hemos de comenzar y terminar todos los dias, los actos de nuestra vida sino elevando nuestra alma hácia ese Dios lleno de bondad que cada dia nos alimenta, conserva nuestra existencia y nos colma de beneficios?" Es ciertamente un espectáculo tierno y que debe complacer aun á los ojos de los ángeles, el de un padre y de una madre rodeados de sus hijos, prosternados ante Dios, y que todos juntos elevan sus manos y sus corazones hácia el trono del Todopoderoso. Cuando las miradas del Padre Eterno caen sobre una familia tan piadosa, no puede menos de derramar sobre ella todo el tesoro de sus gracias.

Del mismo modo, con estos piadosos pensamientos y en medio del mas profundo recogimiento, toda la familia pronunciaba sus oraciones antes y despues de la comida. Un dia el guardabosque entró con M. de Schilt, en el momento en que iban á ponerse á la mesa. Él invitó al cazador á participar de la comida frugal que Isabel habia preparado: M. de Schilt aceptó y tomó lugar sin haber orado como los demas; pero el guardabosque, que no sabia ocultar sus pensamientos, le dijo con un aire muy sério: "¡Cómo, señor! vais á comenzar vuestra comida sin haber tributado vuestro reconocimiento al Dios que ha provisto á vuestra existencia? Así es como obran los jabalíes de la selva; engullen las bellotas sin pensar en El que se las envia." El jóven quiso hacer algunas objeciones, pretendiendo que la costumbre de orar antes y despues de la comida, era muy ridícula y enteramente inútil.

"Estais en un grande error, replicó el guardabosque con energía; todo lo que sirve para mejorarnos es muy útil y muy importante. La piedad es muy necesaria para todo; ademas de las gracias de esta vida presente, nos asegura las de la vida eterna; pero nunca se ha visto que el olvido de Dios produzca buenos frutos; por el contrario, de esto no pueden

resultar sino muchos males. Si quereis comer en nuestra compañía, haced tambien oracion con nosotros, como conviene á un cristiano y á un hombre juicioso. Nosotros no gustamos de tratar con gentes que obran lo mismo que los paganos. Sin embargo, añadió con mas calma, vos habréis hablado, sin duda, sin reflexionar; habiendo visto á las gentes del gran mundo ponerse á la mesa sin hacer oracion, habréis pensado que esto era de buen tono y habréis querido imitarlas para daros un aire mas distinguido. ¡Bella distincion, por cierto, la que repudia el sentimiento de la gratitud y destierra el amor de Dios del corazon de sus hijos!"

El jóven, confundido con estas razones, se puso en pié y oró aunque sin recogimiento.

El honrado guardabosque no se encontraba nunca bien, sino cuando se veia rodeado de su familia. "¿Para qué, decia, buscar distracciones en la calle estando tan contento en mi casa?" Así, pues, al volver á ella por la noche, se sentaba en medio de sus hijos y se ponia á referirles historias agradables é instructivas, cuyo objeto era siempre inculcar en sus tiernos corazones el amor de la religion y de la virtud. Otras veces tomaba su harpa y acompañaba á su mujer, que tenia muy hermosa voz, algunas sencillas y dulces canciones; aun los mismos niños aprendian estas canciones y así pasaban todos agradablemente las largas noches de invierno, en el seno de la paz y de la dicha doméstica.

Los niños asistian á la escuela de la aldea de Echental, su parroquia. Cristian y Catarina volvieron á concurrir á ella diariamente, luego que hubieron pasado las fiestas y que los caminos estaban ya transitables. Antonio los acompañaba. Muy pronto este último aventajó á todos sus condiscípulos: su aptitud y aplicacion eran verdaderamente prodigiosas. En la noche, cuando el guardabosque, de vuelta de sus correrías se sentaba en su poltrona, llamaba en derredor suyo á todos sus hijos, examinaba sus planas y hacia que le diesen cuenta de lo que habian aprendido aquel dia. Antonio era siem-

pre el que manifestaba en sus respuestas mas memoria é inteligencia y el que mostraba mas correccion y belleza en su escritura. Su habilidad en el arte de la lectura llegó á ser tan grande, leía con tanta naturalidad, que sin el libro abierto ante sus ojos, se habria dicho que hacia una narracion cogida en la memoria.

El domingo era siempre para los niños el mas bello dia de la semana: nunca el guardabosque se habia permitido el menor trabajo en los dias consagrados al descanso y á la oracion; y los niños los pasaban cerca de su buen padre. "Yo me ocupo sin interrupcion en el servicio de mi príncipe durante los seis dias de la semana, decia él; pero el domingo está consagrado al servicio de un Señor mas augusto y mas alto. Es necesario asimismo que mis leñadores y yo tengamos algunos momentos de reposo."

Cada domingo, pues, el padre, la madre y los hijos se dirigian juntos á la iglesia de Echental para asistir á la misa. Este era uno de los mas grandes placeres de los muchachos especialmente en la estacion de la primavera. El camino atravesaba por frondosas colinas, estrechos valles, circundados de rocas cubiertas de floridos matorrales y de árboles de alto follaje. "¡Ah Dios mio! esclamaba entonces Antonio; que bello está el bosque! qué encantadora es la verdura de los árboles, cómo suaviza el ardor de los rayos del sol levante! ¡Oh! sí, el bosque se ofrece á mis ojos mas hermoso el domingo que en los demas dias; me parece que las hojas tienen un verde mas brillante; que el canto de los pájaros sobre las ramas es mas melodioso en medio de este silencio solemne que reina por todas partes. Esta calma que no turba ni el golpe de la hacha del leñador, ni el chirrido de las ruedas del carro de labranza, ni el trueno de la escopeta del cazador, deja oir distintamente el sonido religioso de la campana de la aldea que resuena en la distancia; todo es aquí tranquilo y solemne como en la casa de Dios.

"Así es, hijo mio, añadia el padre; el bosque tiene un aspecto imponente y religioso; se creeria estar bajo las bóvedas de una basílica elevada á la gloria del Señor, donde todo nos anuncia su grandeza y su amor. Dios es quien dispone estos árboles en forma de columnas y compone de sus ramas reunidas un dosel majestuoso. Todo aquí, desde la encina secular cubierta de musgo, hasta la humilde yerbecilla que crece bajo de nuestros piés, rinde testimonio del poder y de la bondad del Criador. El universo entero hasta la bóveda del firmamento, es un vasto templo elevado á su grandeza infinita y á su gloria inmensa. Pero nuestra admiracion por las bellezas de la naturaleza no nos dispensa de rendir otro culto al Criador. En nuestras iglesias es donde nos hace conocer particularmente los decretos de su santa voluntad. A este fin el Hijo de Dios nos enseñó y ordenó la predicacion instituyendo el sacerdocio. En las iglesias de toda la cristiandad, los ministros del altar enseñan hoy á millones de fieles la palabra de salud, hacen resplandecer la verdad eterna y nos instruyen en nuestros deberes. Procurad, hijos mios, escuchar con toda la atencion de que sois capaces las doctrinas del predicador, guardadlas como cosa preciosa en vuestros corazones, y aprovechaos de ellas para haceros cada dia mejores.

Tales eran las pláticas que el buen guardabosques mantenia con sus hijos durante el camino de su casa á la iglesia, y al volver de ésta, les hablaba del sermon que habian oido, disputándose todos en repetirle todo lo que habian retenido en su memoria.

Despues de la comida, cuando la estacion lo permitia, la madre era la que conducia á sus hijos al catecismo y á las vísperas: entretanto, el padre preparaba una merienda frugal, y si el tiempo estaba bueno, su esposa ponia la mesa bajo un gran tilo rodeado de bancos, que se hallaba muy cerca de la casa. Terminada la comida, su marido traia el harpa, que como hemos dicho, tocaba con mucho arte, y los pájaros de todos los árboles cercanos, desde sus ramas, venian á unir

sus conciertos á los cánticos de los felices habitantes de la selva.

De todos, el que mas gozaba de esta inocente dicha, era Antonio que sabia comprender cuán precioso era el favor que le habia dispensado el cielo proporcionándole el abrigo de esta buena y honrada familia, en el seno de la cual reinaban la union y la justicia, el órden y el amor al trabajo, la piedad verdadera y una dulce é imperturbable serenidad. A medida que adelantaba en edad agradecia mas vivamente á la Providencia que le hubiese abierto un asilo tan respetable. Así, pues, mostrábase siempre muy reconocido y lleno de celo y de atenciones hácia sus padres adoptivos. Cuando al caer la tarde el guardabosque volvia de su correría en la selva, Antonio se apresuraba á ir á su encuentro para desembarazarlo del fusil; y era él, ademas, quien le llevaba sus pantuflas y su capote gris. Si la buena Isabel estaba ocupada en las faenas de la cocina, él iba por sí mismo al bosque á traer el agua de que podria tener necesidad; y en una palabra, empleaba la mas constante solicitud para servirla y prevenir sus menores deseos.

Muy pronto supo hacerse verdaderamente útil á su padre adoptivo. El guardabosque se veia frecuentemente obligado á trazar los planos de los bosques confiados á su vigilancia y cuidados. Antonio coloreaba estos planos y escribia con bellos caracteres el nombre de cada parte del bosque que en ellos se representaba, designando por aumento la especie de árboles ó de plantas que contenia el plano. A poco tiempo, se puso Antonio en estado de levantar él mismo estos planos, y á favor del rápido desarrollo de su inteligencia, supo añadir adornos de tan buen gusto y tan bien ejecutados, que el guardabosque no podia menos de admirarlos. Él dibujaba, por ejemplo, una encina de la cual se veia colgado un escudo que contenia el nombre del bosque, y á su lado se veia un jabalí buscando bellotas. Otras veces la indicacion de los terrenos se encontraba grabada sobre una roca coronada de

abetos, al pié de la cual se veia recostado un ciervo. Alentado con estos sucesos demostró muy pronto una verdadera pasion por el dibujo. Todos sus momentos de ocio los empleaba en diseñar con el lápiz paisajes ó animales, y siempre que le venia á las manos una hoja de papel limpio ó la página de una carta en blanco, trazaba al punto ya un pájaro, ya una flor, ó una rama de árbol. Imposible le era estar un momento sin hacer algo. El guardabosque y su mujer estaban cada dia mas contentos del buen Antonio, á quien querian como si fuese su hijo, y los demas niños, estimulados por el ejemplo de su hermano adoptivo, se hacian mas y mas sumisos y amables para con sus padres.

CAPITULO IV.

EL ARTISTA.

Un dia el guardabosque encargó á Antonio fuese á llevar algunos perdices al castillo de Felsek. Era una casa de recreo del príncipe, y el intendente que habia recibido visitas de la ciudad, deseaba tener aves de caza para ofrecerles una buena mesa. En el camino Antonio se encontró cerca de una cascada que se precipitaba, blanca como la nieve, de lo alto de unas rocas y caia espumante al pié de dos sombríos abetos. No lejos de allí vió asimismo á un estranjero que se ocupaba en dibujar este paisaje pintoresco. Antonio se acercó poco á poco y sin hacer ruido, miró el diseño por encima del hombro del dibujante y no pudo menos de esclamar: "¡Oh! ¡qué bello! ¡esto sí es saber pintar!"